

Barcelona 19 de noviembre de 1956

Señor director de EDITORIAL PLANETA

Fernando Agulló, 12

Barcelona.

Amigo señor Lara,

Mi buen amigo don Isidro Arca volvió encañado de la visita que le hizo convencido de las buenas disposiciones de usted respecto a mí. Díjome que usted insistió cariñosamente para que yo fuera a visitarle asegurándole que yo podía hallar en la Editorial Planeta buena acogida y trabajo remunerado.

Debo darle las gracias más sinceras, señor Lara y pedirle perdón por no acudir inmediatamente a esa afable llamamiento. Soy mujer de poquísima y poco hábiles palabras y temo que nuestra entrevista no me procurara ningún provecho económico ni moral y a usted le hubiera perdido el tiempo.

Lo mejor de mi persona se halla en mi novela La aldea sin hombres, nada mejor ni más directamente afectado a mi persona que esas páginas donde he puesto toda mi alma. Esa obra soy yo y yo soy esa obra. Darla a conocer al público es mi única aspiración y ~~tan~~ eso es lo que esperaba de usted, señor Lara. La mandé al concurso Planeta a pesar mío (Soy contraria a los concursos literarios y no esperaba ganar el premio) sólo con la esperanza de hallar editor para ella. El dinero me interesa únicamente a medida de mis necesidades que son poquitas. Además yo soy de las que creen, ~~en~~ como en el Evangelio, que con las obras de arte no se debe comerciar y que el autor que lo hace así es indigno del respeto del público.

Puedo leer en seis idiomas y durante veinte años he estado estudiando literatura universal con el propósito de prepararme a ser una buena novelista. Pero nunca me pasó por la mente comerciar con ~~mis~~ mis escritos. He empleado diferentes medios de ganarme la vida, todos ellos hofosos y por lo mismo mal retribuidos, sin soñar con escribir una novela que aspirara al éxito fácil y a las ganancias materiales. Mi única aspiración es comunicarme con una parte de la humanidad a la que envío ese mensaje de esperanza que es el triunfo del amor divino (el cual se comunica a veces también a veces a los seres humanos) sobre el egoísmo y la injusticia (teniente Greiz) sobre el odio de razas (Marta Mons y Martín Rohe) sobre el sufrimiento y la muerte (el sacerdote Carl Haumann). Esa es la tesis de La aldea sin hombres cuyo final ~~es~~ ~~decaente~~ ~~decaente~~ según ustedes. No soy quien para juzgar mi propia obra, lo único que pretendo reivindicar ~~es~~ es ese final ~~decaente~~ decaente. Es un final que no pretendo maravillar el corazón de los lectores como el ramillete final de un fuego de artificio ni sorprenderlos ni impresionarlos con una solución inesperada que los deje boquiabiertos. Habría sido fácil describir la huida de los veidos, los gritos de triunfo de los aldeanos al sentirse libres, la rehabilitación de la bandera nacional en el Ayuntamiento acompañada de

hymnos patrióticos... trucos de casi seguro éxito y mucho más fácil composición. Pero no quería exaltar el triunfo de un determinado pueblo sobre otro pueblo que todos los pueblos politiquisando o guerreando me inspiran igual adversión, sino el triunfo del espíritu de Cristo sobre el corazón de algunas de sus criaturas y eso en medio de los sufrimientos morales más terribles es un final que puede perfectamente agradar a los espíritus profundamente cristianos o simplemente humanos, los cuales aunque tal vez cada vez más raros, siguen sin embargo existiendo entre los lectores de novelas. Usted no lo ha juzgado así, alabado sea Dios! Pero ya que está usted tan bien dispuesto a favor mío reflexione un momento sobre lo que acabo de escribirle y créame, señor Lara, a veces la labor de un editor no es solamente la de comerciar con los libros y ganar dinero con ellos sino la de ayudar a conocer una obra que en medio del caos moral actual, pueda animar y consolar a los hombres de buena voluntad.

Con la esperanza de un próximo acuerdo entre nosotros y dándole las más expresivas gracias por sus ofrecimientos le saluda cordialmente.

hymnos patrióticos... trucos de casi seguro éxito y mucho más fácil composición. Pero no quería exaltar el triunfo de un determinado pueblo sobre otro pueblo que todos los pueblos politiquisando o guerreando me inspiran igual adversión, sino el triunfo del espíritu de Cristo sobre el corazón de algunas de sus criaturas y eso en medio de los sufrimientos morales más horrosos. Es un final que puede perfectamente agradar a los espíritus profundamente cristianos o simplemente humanos, los cuales aunque tal vez cada vez más raros, siguen sin embargo existiendo entre los lectores de novelas. Usted no lo ha juzgado así, alabado sea Dios! Pero ya que se halla usted tan bien dispuesto a favor mío, reflexione un momento sobre lo que acabo de escribirle y créame, señor Lara, a veces la labor de un editor no es solamente comerciar con los libros y ganar dinero con ellos sino la de ayudar a conocer una obra que en medio del caos moral actual, pueda animar y consolar a los hombres de buena voluntad.

Con la esperanza de un próximo acuerdo entre nosotros y dándole las más expresivas gracias por sus ofrecimientos le saluda cordialmente.

Aurora Bertrana